

Las vi reír

*Historias de mujeres
que recuperaron lo que
nunca debieron perder*

Lorena
Katic



Las vi reír

*Historias de mujeres
que recuperaron lo que
nunca debieron perder*

Lorena
Katic



Superación personal_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

Quince historias (y la mía)

Prólogo.....	13
--------------	----

Buenos Aires, Argentina

Faustina: Tus notas de salida, tus notas de corazón y tus notas de fondo.....	19
Sofía: Algo de vos llega hasta mí.....	26
Celeste: El botón verde de salida.....	32
Renata: Por delante.....	39
Camila: La honestidad es más que no mentir.....	48

Comodoro Rivadavia, Argentina

Guadalupe: Configuración irrepetible.....	57
Lucía: Pueblo chico, infierno grande.....	64
Catalina: Buena estrella.....	71
Lucrecia: Pasitos de bebé.....	77
Abril: Césped mojado y panqueque de manzana.....	83

Madrid, España

Olivia: Vidas deshabitadas.....	91
Michelle: Relaciones holograma.....	98
Alba: Coraje y fe.....	105
Carmela: Yo antes de ti.....	111
Tais: El funeral del desamor.....	117

Yo

Carlos: El día que decidí distinto.....	125
Marco: Te entrego mi cualidad.....	132
Lorena: El significado.....	138
Playlist.....	141



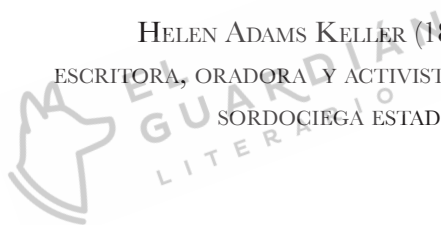
Nunca agaches la cabeza.

Siempre tenla bien alta.

Mira al mundo directamente a los ojos.

HELEN ADAMS KELLER (1880-1968),

ESCRITORA, ORADORA Y ACTIVISTA POLÍTICA
SORDOCIEGA ESTADOUNIDENSE



*A Marco, quien cada día me expresa
a su modo: “es un placer conocerte”.*

*A Carlos que, con sus ojos apreciativos,
su corazón suave y su templanza infinita,
elige mis grietas y puede ver en ellas
destellos de belleza.*

*A Eleonora, por ser mi ejemplo, mi norte y
mi refugio. Te extraño cada día de mi vida.*



EL GUARDIAN
LITERARIO

Prólogo

El día que vi a Lorena Katic por primera vez, el Gran Buenos Aires nos regalaba una de sus mañanas magnéticas, con un cielo azul profundo, calles enmarcadas por arboledas de un verde intenso y una energía inexplicable en su atmósfera. Como acariciada por los rayos del sol, ella atravesó la puerta sin pasar inadvertida. Oriunda de Comodoro Rivadavia, alta, sin dudas bella, de sonrisa amplia y mirada curiosa, no pude más que decirme que hacía tiempo que no veía a una mujer tan bien vestida, tan femenina, con tanto *allure*. Ella toda irradiaba elegancia sin estridencias ni formalidades. En aquel primer encuentro de mi taller de reflexión y escritura, su voz también emergió muy propia, pausada y dulce, a través de un texto llamado “quién soy”.

Y así, en una melodía cuidada como ella toda, poco a poco los velos comenzaron a caer. Es que allí, tras la imagen de la perfección, se escondía un corazón atrapado por el autocontrol, por el miedo a develar las oscuridades escondidas bajo una armonía que parecía no tener grietas.

En ella, igual que en mí y en tantas otras mujeres, habitaba un pequeño infierno atravesado por mandatos,

trampas, cuentos incompletos acerca del amor, el éxito, la realización personal y el sentido de la vida. Y atrapada en aquellos mitos, los demonios surgieron en su vida para arrastrarla al inframundo en forma de amores tóxicos, caminos erráticos y decisiones con sabor a traición propia.

A través de sus escritos, pude ver los daños provocados al pelear batallas contra molinos de viento. A medida que los encuentros se sucedían, los conflictos aparecían ante mí cada vez más evidentes: un norte extraviado, una identidad desdibujada, pero, ante todo, un amor propio sangrante. Y ahí, dentro de la marea conflictiva, la autoestima se reveló central en la pluma de Lorena.

¿Cómo podía una mujer tan atractiva tener una lucha interna tan huracanada en relación a su autoestima? En el fondo, yo conocía la respuesta. La autoestima no suele ser aquello que vemos brillar en la superficie; para construirla firme y capaz de atravesar tormentas, debemos ser capaces de descender a las profundidades del ser, mirar a los ojos a nuestros ángeles y demonios, abrazar la luz y el lado oscuro de la luna.

Como todos los ciclos en la vida, el taller concluyó. Por aquel entonces, ya conocía un poco más acerca de sus luchas, sus sueños y su maravillosa capacidad para transmitir ideas, emociones y vivencias a través de las palabras, en un lenguaje exquisito, cálido y llano, aunque profundo, muy profundo. La despedí convencida de que en ella habitaba una escritora, con la esperanza de volverla a ver. Estaba segura de que, en la magia de las letras, habitaban las respuestas que ella estaba buscando.

Por ello, el día que regresó a mi vida también lo recuerdo con nitidez, pero, ante todo, con alegría. Sucedió en otro día azul bonaerense, bella e impecable como siempre, pero más vulnerable, lista para purgar las oscuridades y colmar todo su ser del poder sublime que significa ingresar en un proceso creativo: Lorena estaba lista para gestar un cambio en su vida en todos los sentidos posibles, y para ello, era tiempo de darle vida a este, su primer libro, una travesía acerca de su experiencia como coach, en la que narra historias de sus consultantes, todas mujeres en busca de su amor propio y en donde ella, de alguna forma u otra, se vio reflejada.

La historia de Lorena atraviesa toda la obra. Por ello, al igual que las mujeres que abrieron su corazón durante sus sesiones, ella también halló la llave hacia una autoestima poderosa, con consecuencias maravillosas, casi increíbles.

Hoy, con el libro concluido y listo para acariciar otras almas, la mirada de Lorena lejos está de aquella que me encontró en Buenos Aires. Desde Madrid, sus ojos me observan más calmos y sabios, ella sabe que los conflictos son parte de la vida, así como las oscuridades. Ella ya no tiene miedo, ella ama, se frustra, se enoja y vuelve a amar y amarse. Ella ya no teme mostrar sus grietas, las conoce, las abraza y de ellas saca su mayor poder.

Y así, yo sentada en Buenos Aires y ella en Madrid, la vi reír como nunca antes. Y me vi reír. Es lo que todas merecemos.

Carina Durn

Periodista y escritora

Buenos Aires
Argentina



Faustina: Tus notas de salida, tus notas de corazón y tus notas de fondo

*“Thought of you as my mountain top
Thought of you as my peak
Thought of you as everything
I’ve had but couldn’t keep...”*

Linger on

Your pale blue eyes...”

Pale Blue Eyes – The Velvet Underground^{1 2}

Llegó al consultorio una mañana de septiembre. La recuerdo bien porque, cuando bajé a abrir, mi angosta calle Jorge Newbery olía a gardenias. Ese aroma que siempre me recuerda que todo estará bien de alguna forma. Había algo transparente en ella y ese “algo” se confirmaba en sus ojos grises y su piel fina, con venas translúcidas.

—Hola, soy Faustina —me dijo. Al oírlo, pronunciado por ella misma, supe que el suyo no es un nombre que pueda llevar cualquiera.

1 Traducción: «*Pensé en ti como mi cima de la montaña/ Pensé en ti como mi pico/ Pensé en ti como todo/ Lo hice, pero no lo pude mantener.../ Permanecer/ En tus pálidos ojos azules...*».

2 The Velvet Underground, “Pale Blue Eyes”, 1969, Pista A4 en *The Velvet Underground*, MGM Records, 1969, LP.

—Qué tal, encantada.

En el ascensor al piso 8, sólo hablamos de lo envolvente del aroma a gardenia.

Ella tenía 31 años en ese momento. Era perfumista, había estudiado en Grasse y estaba lanzando Fausta, su marca de perfumes de nicho. Todo en ella era sutil, delicado y sensible.

Le dije, luego de que me contara un poco sobre ella: —Dado que sos perfumista me gustaría que me cuentes cuáles son tus notas de salida, tus notas de corazón y tus notas de fondo.

Supe enseguida que Faustina sería hábil en captar metáforas.

Sonrió, miró hacia afuera con sus ojos grises que el reflejo de la luz de media mañana iluminaba y convertía en azules, y me respondió: —Mis notas de salida... la primera impresión que doy es que tengo la vida perfecta. Amo mi profesión, tuve la oportunidad de vivir en el exterior, trabajé con perfumistas de renombre y tengo una familia que me apoya y acompaña. Todo, básicamente. Ahora... si voy a mis notas de corazón... y me da mucha vergüenza decirlo... está casado.

Lo etéreo de su relato se cortó en esas seis letras. El peso que cayó sobre el suelo de mi estudio, al pronunciarla, nos dejó a ambas con el corazón roto antes de empezar. Hay palabras que nos rompen. «Casado» parecía ser la palabra que la rompía.

—Ayúdame a salir, por favor —dijo. Miré el reloj, habían pasado tan sólo veinte minutos y tenía a una

joven mujer enfrente suplicando ayuda. ¿De dónde tendría que ayudarla a salir en realidad?

Dejé mis pensamientos volar crudos y libres. Me hice preguntas que nunca me había hecho: ¿es un anillo en el dedo anular el símbolo de la prohibición a seguir sintiendo, a enamorarse nuevamente? ¿Ser infiel es lo mismo que ser desleal?

¿Puedo dejar lo que construí con tanto esfuerzo —porque un matrimonio necesariamente conlleva mucho esfuerzo— a ciegas, sin antes conocer y experimentar lo distinto? Mi mente vagaba, yendo y viniendo, desordenada entre el deber ser y la humanidad.

No tengo las respuestas, pero hacérmelas humanizó mi mirada y recordé que alguien caído no deja de ser humano y no deja de sentir. Decidí que «Nicolás es un [complete con el adjetivo negativo que le plazca]» no entraría en mi abordaje de *coaching*. No trabajo con juicios morales, sino con personas que transitan la vida haciendo lo mejor que pueden, como pueden.

Quizá muchos de ustedes, con los ojos en estas letras, se espanten. Lo que les pido es que antes de espantarse se hagan esas mismas tres preguntas. Probablemente allí, en ese lugar, el espanto se transforme en comprensión.

Un día le hice una pregunta muy simple: —Faustina, ¿cómo ama Nicolás?

Me miró con esos ojos transparentes que, por momentos, me hacían pensar que no eran dignos de este mundo.

—Nicolás no ama, Lore. Está tan parado en sí mismo que es como si se le hubiese esfumado esa capacidad —dijo.

Caminando juntas, sesión a sesión, Faustina y Lorena, fuimos descubriendo que el problema real no era la situación sino la persona. Ser casado, claro, era un problema para el amor en libertad, pero el problema era anterior. Era la ausencia de amor. Ausencia. Vacío. Incapacidad. Tres palabras que, subrayadas, rompen cualquier corazón. El de Faustina, el mío y, posiblemente, también el tuyo.

Las estructuras se resuelven cuando lo verdadero se antepone. Cuando el compromiso esencial se antepone al compromiso instaurado. Cuando lo que es entre dos seres humanos no puede no ser. Pero aquí lo único esencial y verdadero era un ego carente de empatía.

—Ayer vino a casa. Hicimos el amor. Aunque en realidad, ahora que lo pienso, sería desamor la palabra. Hacer el desamor. Estaba sobre mí y se movía con una voracidad tremenda, tan animal, sin darse cuenta de que me aplastaba. Estaba teniendo sexo con él mismo, Lore, no conmigo.

Estalló en llanto. Las venas de su rostro, tan propias, se pusieron más azules que nunca y sus labios adquirieron la misma tonalidad morada que la de los niños que tienen frío cuando salen del mar. Faustina tenía frío en el corazón. Instintivamente, su cuerpo la llevó a cruzar sus brazos y a acariciar con un movimiento tímido sus propios antebrazos. «Supervivencia», pensé. Ese cuerpo lloraba al haber sido aplastado una vez más. Pude ponerles nombre: las lágrimas del descuido.

Faustina lloraba el descuido ajeno, pero antes lloraba el propio, el que no se estaba dando. El que se quitaba

cada día, vinculándose con alguien que no le pertenecía y a quien ella no pertenecía. No hablo de derecho ni de posesión. Hablo de resonar, de amar, de conectar.

Él no era culpable por haberse casado y haber comenzado a sentir en otro lado en algún punto del camino. Pero sí era el responsable de lo que hacía con eso. Su estado civil era tan sólo la excusa de una ausencia de registro anterior. Y eso era él, todo él, independientemente de su condición.

Faustina se sentía «la destructora» y yo, que la conocí, que vi sus lágrimas, que cuidé de su fragilidad, puedo dar fe de que ese lugar común nada tenía que ver con ella. O sí, en algún punto lo era. Estaba destruyéndose a sí misma y haciéndose cargo de una destrucción ajena.

—¿Y cuáles son tus notas de fondo? —pregunté, queriendo saber desde dónde ella elegía lo que elegía.

—La verdad es que, en el fondo, creo que no me atrevo a la pareja. Me vulnera esa idea. Le tengo miedo y me aterra.

Me hubiese gustado en ese momento decirle: «a mí también me aterra». Porque estar en pareja implica aceptar que hay otro ser humano, desquiciado por ahí, dispuesto a amarte en las partes que no te gustan de vos misma. Porque implica soltar todo control, mostrarte y sentir sin medida, rogando a todos los santos habidos y por haber, no terminar estrellada contra el pavimento. Implica entregarse a una posibilidad no certera.

Faustina y Nicolás compartían algo. Sus propias disfuncionalidades les eran funcionales. Su estado civil era

la certeza de ambos. A ella, que él estuviera casado le ponía el límite externo a la posibilidad de pareja. A él, estarlo le servía para reforzar y excusar su falta de registro y empatía.

Trabajamos mucho juntas, mucho y profundo. Confieso que por momentos odié a Nicolás. Hubiese ido hasta la casa a bajarlo del pedestal y ubicarle el ego en medio segundo. Me violentaba. Pero lo que más me violentaba era tener enfrente a un sol que no se percibía sol. Soy consciente de que no todo el mundo es sol, pero Faustina lo era. Los perfumes no surgen de la oscuridad, sino de la belleza.

Su última sesión no fue una sesión. Fue su boda. Sí, su boda. Vestida con un mono blanco, como si mi consultorio se hubiese convertido en un registro civil real, y tomada en lágrimas, esta vez lágrimas de cuidado, se colocó un anillo. Dijo: —Yo, Faustina, te tomo a ti. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Yo la contemplaba, atónita y orgullosa. Como si hubiese sido mi hermana, una amiga o yo misma. Fue un honor y un privilegio presenciar ese momento.

En ese casamiento con ella misma ambas pudimos aprender que hay una sola persona en el mundo a quien podemos garantizar votos eternos y esa persona es uno mismo. Todo lo demás, depende. El tema es cómo actúo cuando ya no puedo honrar mis votos hacia otro. Cómo actúo con lo que me pasa dado que lo que me

pasa siempre es válido. Allí está mi grandeza, en ese cómo. Faustina descubrió que lo que le faltaba a Nicolás era grandeza.

Ella pudo irse de ese vínculo cuando aprendió que esa situación le era cómoda a sus propios miedos. Pudo irse cuando supo que no lo elegía ni soltero, ni casado, ni divorciado. Simplemente no lo elegía en todo su derecho a no elegirlo. No lo elegía porque no le gustaba quién era.

A veces, lo que nos permite salir de una situación es dejar de juzgarnos, cayendo en lugares comunes. A veces, el problema de fondo no está donde parece estar. A veces, la autoestima es saber que podemos elegir aun en las situaciones en que parece que no tenemos elección.

—Lore, te traje un obsequio de despedida, mi primer perfume. Aún no se lanzó y quería que lo tuvieras antes de que salga a la venta —me dijo.

Era una caja satinada blanca con las letras de Fausta en un tono intermedio entre verde y ocre. La abrí y allí estaba: *Bridal Gardenia*. Gardenia para novias.

Autoestima y autoconocimiento: La clave para construir tu autoestima se encuentra en tus notas de fondo. ¿Qué significa esto? Indagar en qué es lo que realmente te está pasando, lo que te vulnera, te duele o te da miedo. Y, cuando lo sepas, tu grandeza radicarás en mirarte al espejo, dejar de escabullirte y comenzar a elegir distinto.

Sofía: Algo de vos llega hasta mí

*“And when this dirty world, has been cold to you
I got two strong arms, oh waitin’ to hold you
And when those mean days come along
We’ll stand together and we’ll take ‘em on
So if you need me, just call my name”
When you need me – Bruce Springsteen^{3 4}*

—Aunque crea que siempre intenté diferenciarme, me gustaría que supiera que me reconozco en él a cada paso. Lo llevo en mí.

Sofía lloraba que lo perdería pronto. Lloraba, aterrorizada, el dolor de ver a uno de sus pilares desmoronarse. Lloraba la imagen de un cuerpo y una mente consumiéndose. Lloraba su propia indefensión. Lloraba a su papá, antes de tener que llorarlo. Lo extrañaba antes de verse obligada a extrañarlo. Era una tortuga pequeña a la que le estaban arrancando el caparazón.

Mientras la escuchaba pensaba en el mío. En ese croata mal arreado sin el que no sabría qué hacer. Esos

3 Bruce Springsteen, “When you need me”, 1987, Pista 15 en Disco 3 de *Tracks*, Columbia Records, 1998, CD en caja recopilatoria.

4 Traducción: «Y cuando este mundo sucio haya sido frío contigo/ Tengo dos brazos fuertes, oh, esperando para abrazarte/ Y cuando lleguen esos días malos/ Nos mantendremos juntos y los enfrentaremos/ Entonces si me necesitas, sólo dí mi nombre».

son los momentos y sesiones en que siento que ser *coach* no alcanza. Porque el amor no es *coacheable* (aunque esa palabra no exista no encuentro una mejor), y mucho menos lo es la pérdida.

Mi frase célebre: «¿Qué te enseña esta situación?» se dinamita en estos escenarios. Porque la verdad es que no quiero que mis consultantes aprendan sobre la pérdida. A Hilary Stanton Zunin se le atribuye haber dicho: «*El riesgo del amor es la pérdida y el precio de la pérdida es el duelo. Pero el dolor del duelo es sólo una sombra en comparación con el dolor de nunca arriesgar el amor*»⁵. Coincido. Y elijo pagar el precio frente a la opción de desconexión del amor.

Frente a la pérdida física de un ser querido no tengo herramientas. Sólo tengo mi humanidad expuesta y desnuda frente a mi *coachee* para decirle que me desgarraría llorar así. Esos son los momentos en que duele muy fuerte mi profesión. Pero, también, son los momentos en que más conozco a mis consultantes. En los que más se les devela el alma.

El ego de Sofía siempre se había debatido entre diferenciarse de un origen al que ella misma definía como rústico y la lealtad a ese mismo origen. Entre la vergüenza y la culpa. Sentía que personificaba *M'hijo el doctor* del dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez. Pero su alma tenía la capacidad de ver lo bueno que es para este mundo la existencia de seres humanos simples.

5 Cita original: “*The risk of love is loss, and the price of loss is grief. But the pain of grief is only a shadow when compared with the pain of never risking love*”.

El lenguaje construye realidades, creencias, mundos interpretativos y, en un momento, le prohibí (así, categóricamente) que se definiera a sí misma como «m'hija la dotora». Era una médica, hija de un mecánico. Punto. Esos eran los hechos. Todo lo demás estaba sujeto a opinión. ¿Es más exitoso un médico que un mecánico? Ah, ¿sí? ¿En qué código se especifica? ¿Quién lo dice?

—Sofía, realmente quisiera ver cuántos profesionales tienen la capacidad de arreglar autos como lo hace tu papá. Te aseguro que el 80 % saldría herido. Sin embargo, estoy segura de que tu papá podría aprender lo que miles de profesionales saben. En esos términos, la tortilla se da vuelta —dije.

El estatus profesional genera crisis de autoestima. Pero una de las maneras de salir de esa crisis es evitar subestimar o sobrestimar la profesión u oficio de otra persona, reemplazándolas por apreciación. La apreciación propia comienza en el momento en que aprendemos a valorar a otros.

Junto a su dolor por estar perdiendo a su papá, Sofía sufría una crisis por no haberlo valorado suficiente. Resulta casi mágico como las puertas de la muerte nos llevan, casi en forma automática, a contemplar lo que un ser humano hizo en vida.

En plena sesión se miró las manos y me dijo: —Tengo este esmalte impecable y este anillo, pero en realidad estas mismas manos saben todo de plomería porque mi viejo me lo enseñó. En casa, Agustín recurre a mí para

lo que se rompe. Me viene la imagen de las manos de mi viejo. Siempre negras de trabajar con autos.

—Me hablás y escucho dualidad. Manos impecables versus manos laborantes, rusticidad versus sofisticación, oficio versus profesión. En esa dualidad pareciera ser que tuvieras que elegir, como si un lado del versus fuera mejor que el otro. Pareciera ser, también, que tu autoestima se construyera si elegís el lado con mejor imagen. ¿Y si fuera al revés? ¿Si allí se destruyera?

Pensé de nuevo en Hugo, mi papá. Pensé en que gran parte de lo que me gusta de mí, viene de él. Pensé en qué orgullosa estoy de vos viejo. También, pensé en qué medida eso construyó mi autoestima.

Te pregunto, a vos que estás leyendo estas páginas, ¿qué de tus ancestros está presente en vos y construye lo bueno que tenés?

Un apartado del libro *La Sal*, de Adriana Riva, dice: «Recordé la conversación de mamá con el embajador y pensé en ramas débiles por culpa de raíces encubiertas»⁶. Sofía, vos y yo tenemos que aprender que destapar las raíces fortalece las ramas.

Acompañé a Sofía a transitar la pérdida (porque ya dije que prefiero no rescatar aprendizaje de allí) y a aprender de legado.

En los últimos meses de vida de su papá, ella pudo decirle todo lo que, de él, se quedaba en ella.

6 Adriana Riva, *La Sal* (Buenos Aires, Argentina: Odelia Editora, 2019).

—Ayer papá me miró, con esos ojos celestes que tiene, y me dijo: «hice todo lo que pude». Le respondí que hizo mucho más de lo que yo necesitaba. Tomé su mano, áspera, siempre áspera y sentí cómo su legado pasaba de su mano a la mía. La rusticidad hace que el amor se vea Lore; hace que se perciba nítido, claro, evidente.

Cuando su papá dejó de estar presente en este plano, Sofía era otra. Lo había internalizado tanto en ella que era como si su autoestima estuviera, de formas invisibles, sostenida por él. Su fuerza, su coraje, su franqueza y su resiliencia eran herencia.

Semanas después escuchamos juntas *Tumbas de la gloria*⁷ de Fito. Algunas de sus líneas versan: «*Tu amor cambió mi vida/ Como un rayo para siempre/ Para lo que fue y será.../ Llegó la muerte un día y arrasó con todo/ Todo, todo, todo un vendaval.../ Algo de vos llega hasta mí...*».

Sofía estaba quebrada y yo también. Con ella, por ella, para ella. Aun así, sabíamos, ambas, que teníamos dentro un brillante. Un brillante que, en nuestro caso, era el legado de papá.

Hicimos un ritual. Ese momento mágico, simbólico e inolvidable en que los seres humanos le contamos al universo que hemos cambiado. Lo hacemos con las tripas y con el corazón. Ese momento en que nuestra verdad se tatúa en el cuerpo, pero del lado de adentro. La acompañé un atardecer de septiembre a Flores, el

7 Fito Páez, “Tumbas de la Gloria”, 1992, Pista 8 en *El amor después del amor*, Warner Elektra Atlantic, 1992, CD.

barrio de su infancia. Allí, en la Plaza General Pueyrredón, nos tiramos en el césped mirando al cielo. Sofía dijo en voz alta: —«algo de vos llega hasta mí».

Y volviste a aparecer en mi mente papá. Aunque te tenga presente, te pueda abrazar y agradezca cada día por eso, también cada día algo de vos llega hasta mí. Gracias por tus pausas, tus reflexiones, tu mente analítica y tu empatía. Todo eso vive en vos y vive en mí.

Vuelvo a pensar en Sofía. El precio de la pérdida es el duelo, sí. Ella paga cada día el precio de no tenerlo. Pagó otro precio también. Pero uno barato porque al final valía poco. El precio de elegir perder lo que la sociedad le pedía como símbolo de éxito. Para sentirse feliz con ella misma y con el lugar del que venía. Su éxito fue apreciar sus raíces. El éxito de la «dotora», justamente, no pasaba por serlo. Ganó.

Autoestima y éxito: La autoestima se construye definiendo, y defendiendo, qué es el éxito para vos misma, independientemente de lo pautado socialmente. También se refuerza abrazando aquello que te llegó por legado y es digno de ser honrado.

